

FORSTER, Ricardo, *Los hermeneutas de la noche. De Walter Benjamin a Paul Celan*, Madrid: Trotta, 2009.

Escribió Borges –precisamente uno de los autores estudiados en este libro– en la inscripción con la que iniciaba su poemario *La cifra*, que “de la serie de hechos inexplicables que son el universo o el tiempo, la dedicatoria de un libro no es, por cierto, el menos arcano [...] la dedicatoria de un libro es un acto mágico”. Algo semejante podríamos afirmar del título. Hay libros que seducen desde sus primeras líneas, otros nos van ganando a medida que avanzamos en su lectura, pero los menos lo hacen antes incluso de abrir sus páginas, desde la frase inicial que constituye su encabezamiento. Este es el caso de la obra de Ricardo Forster *Los hermeneutas de la noche*, editada por Trotta. La elección del título de una publicación no debería descuidarse puesto que es la primera referencia que tiene el posible lector. En este sentido hay que decir que Ricardo Forster ha acertado plenamente al sumar información con sugerencia. Pero esta inevitable atracción inicial no debería extrañarnos, puesto que ya en el prólogo Alberto Sucasas nos pone sobre aviso al definir la escritura del autor del libro, tomando prestada una cita del propio Forster aplicada a Steiner, como: “un mundo donde se conjugan las intuiciones del místico, la escritura del poeta y la reflexividad crítica del científico”. Es decir: sensibilidad para detectar y tratar los temas, belleza en la manera de desarrollarlos y conocimiento y profundidad en su contenido... El modelo de intelectual perfecto, aquel ante el que todos estamos dispuestos a rendir nuestro interés y nuestro tiempo.

Tras esta expectativa inicial, no defrauda después el libro. Es lo que parece, una obra hermosa, lúcida e interesante: uno de esos escasos estudios ante los que disfrutan aquellos que buscan contenido y también los que gustan de paladear la forma en que está escrita. Hay que leerla despacio, eso sí, y no por la densidad de su prosa, sino por la permanente sorpresa en la magnífica construcción de la escritura con sus logradas imágenes. Ricardo Forster nos muestra cómo la metáfora, pese a lo que pueda parecer a muchos, es un cauce perfecto para hablar de ideas y, si es necesario, hasta de datos. Por desgracia, nos hemos olvidado ya de cómo este mecanismo simbólico ha sido históricamente uno de los mejores medios de conocimiento. Y eso incluso en aquellas disciplinas que se denominan “positivistas”, y que acuden también a la semejanza que

ofrecen los términos a la hora de nombrar nuevas realidades para las que el pensamiento todavía no ha construido imágenes.

Pero pasemos a concretar. El libro se presenta estructurado en sucesivos capítulos, cada uno de los cuales –hilvanado por el sutil hilo de la reflexión en torno a la lengua, a los infinitos territorios de la escritura, y a los cruces causales o no entre escritores y obras– se centra en un aspecto de este planteamiento. De esta manera, el primero, titulado con la expresiva imagen del “laberinto de las palabras” despliega una magnífica reflexión sobre los meandros de la lengua y sobre los escritores que se han decidido a navegarlos. Entre ellos, Walter Benjamin o Steiner, quienes comparten su interés por el lenguaje y su origen sagrado, por la consecución de un nombrar absoluto que recupere la unidad perdida después de la Torre de Babel, y por la traducción concebida como modo de restañar la fractura entre dos lenguas. Por ello la Cábala, técnica hermenéutica que dilata infinitamente la interpretación, buscando en las cárcavas del texto el nombre oculto de Dios, o su eco en el mundo, será también objeto de su interés.

Esa tradición en la que toda palabra es un espacio sacral acoge también en su seno el decir poético, y más aún si este es doliente, puesto que en él se trabaja en los límites, allí donde lo arbitrario no tiene sentido. Y Paul Celan o Hölderlin son ejemplo de ello. El poeta “custodio de las palabras” establece una batalla inhumana –o extremadamente humana– por llevar la lengua hasta fronteras imposibles. Como afirma Forster: “el poeta insiste, se traba en una feroz lucha contra ese mismo material que determina su existencia; un combate cuyo final él ya conoce de antemano: la derrota” (pág. 31). El autor atribuye esa fragmentación de la concordia entre palabras y mundo, en gran medida, al desplazamiento de las certezas heredadas de la tradición positivista y al cuestionamiento de la física newtoniana y la geometría euclidiana. Del mismo modo, para el autor esta ruptura radical se intensifica en las últimas décadas en la cháchara banal de los medios de comunicación. De aquí que, la poesía, espacio por antonomasia del lamento, haya instalado en ella de forma permanente el desasosiego. El lenguaje se torna, así, en refugio ante el desconcierto, aunque el poeta sepa que “a las palabras no se las domina, que es imposible obligarlas a decir lo que no quieren expresar” (pág. 41). Escribir, por tanto, es a la vez condena y redención, búsqueda y encuentro o desencuentro. Y Celan, Eliot, Hölderlin o Beckett, como poetas, y Steiner, Benjamin o Kart Graus, como ensayistas, entre otros, lo expresan con lucidez en sus textos.

La reflexión en torno a la cercanía intelectual, en este caso entre pensamientos ideológicamente distantes, se concretará, en el capítulo siguiente, en el texto titulado “El estado de excepción: Walter Benjamin y Carl Schmitt como pensadores del riesgo”. La reflexión se desarrolla en torno al extraño encuentro intelectual de ambos pensadores en la Alemania de Weimar, escenario que obliga, según Ricardo Forster, a desentrañar “la imbricación, en el mundo de ideas de Benjamin, de tradiciones intelectuales pertenecientes a la cosmovisión de la derecha” (pág. 63). Como el autor afirma, tras el derrumbe de los ideales ilustrados, no resulta extraño imaginar un posible diálogo entre visiones enfrentadas del mundo, pero que comulgan en su sustrato crítico. Mesianismo judío crítico de Benjamin frente a un progreso indefinido –sólo con las voces de los vencedores– y trasfondo católico, en Schmitt. Así pues, en ambos casos, el estado de excepción –concebido de desigual forma por sus distintas sensibilidades históricas– tenía sentido. En Schmitt se disculpa la suspensión del derecho para que prevalezca el orden; en Benjamin se realiza la justicia al interrumpir el orden injusto. No es necesario, por tanto, justificar la lectura que alguien como Benjamin –a pesar de que no comparta su posición política– hace de Carl Schmitt, ya que este último, como ocurre con otros pensadores lúcidos de la derecha, permite al lector –según Forster– vislumbrar el alcance de una época confusa, puesto que en él, en definitiva, se “documenta la barbarie de la modernidad” (pág. 70).

Más comprensible parece el encuentro –aunque solo intelectual– que da título al tercer capítulo, entre “Walter Benjamin y Jorge Luis Borges: la ciudad como escritura y la pasión de la memoria”. A pesar de no ser contemporáneos, ni procedentes de geografías similares, ambos compartieron temporalmente el mismo espacio, aunque de modo dispar: Suiza. Ginebra con su magia iniciática, sus librerías, su contacto con otras lenguas y los autores descubiertos en ella (Schopenhauer, Walt Whitman, De Quincey, Flaubert o Baudelaire) para Borges; frente a Berna como refugio, las lecturas de Kant, y las investigaciones sobre los románticos alemanes, para Benjamin. Pero ambos recorriendo librerías y encontrándose con los autores vivos. Suiza nutrió, de esta manera, el cosmopolitismo y la libertad en Borges, aunque este siempre acabaría volviendo fervorosamente a la ciudad de su infancia, Buenos Aires, objeto permanente de sus poemas y en la que alimentó sus ojos y su espíritu de niño a través de la inmensa biblioteca de su padre. También Benjamin experimentó la liberación paterna en este territorio europeo, esa “felicidad de la vida” (pág. 77), distanciado de casa.

La ciudad, asimismo, va a constituir para ambos un entramado vital en los años decisivos de su existencia, época en la que el pensamiento acrisola lo aprendido y lo contrasta con las nuevas experiencias. “Sólo se conoce verdaderamente una ciudad cuando uno ha aprendido a perderse en ella, cuando se la ha penetrado y atravesado por los cuatro puntos cardinales”, escribirá Benjamin (pág. 78). Este espacio urbano se vuelve jeroglífico en el que se mezcla la realidad y la ficción, y con él los dos escritores fortalecerán mansamente sus escritos. Ambos se comportan, así, como dos resistentes que se niegan a contemplar los espacios a través de los ojos ajenos y simbolizan en sus respectivas ciudades el mundo.

Por ello, también comparten el dominio de la memoria como retazo de salvación frente al tiempo. Borges viajando a sus ancestros, hacia las sagas islandesas, hacia su pasado lector... No es extraño, por ello, que en uno de sus poemas del libro citado al comenzar este texto, titulado –no por casualidad– “Buenos Aires”, doce de los veintidós versos comiencen con la anáfora “recuerdo”, con la que el escritor recrea retóricamente su obsesión afectiva por esa ciudad. Benjamin, por su parte, negará un tiempo que hace del olvido su esqueleto y apoya en la técnica su futuro, como “un batallador contra el olvido, un arqueólogo que, con infinita paciencia, se detiene a examinar los restos frágiles, los desechos que ‘la diosa industria’ arroja todos los días y que los hombres son incapaces de percibir como expresión brutalizada de su misma sociedad” (pág. 88). Y esta presencia necesaria del pasado conduce a ambos –inevitablemente– a coincidir en su afán por atesorar libros y construir, como un baluarte inexpugnable, su particular biblioteca. La apertura al universo, la infinita novedad, la búsqueda del libro abierto a la lectura e interpretación... constituye para los dos escritores una de las entradas al insondable territorio de lo sagrado y una forma de ser rescatados del exilio.

Jean Bollack y su estudio sobre Celan en *Poesía contra Poesía* serán los protagonistas del apartado titulado “Paul Celan y la barbarie de la lengua”. Bollack rechaza en este libro –afirma Ricardo Forster– las interpretaciones místicas sobre Celan, y defiende que su poesía incluía, como forma de denuncia, la violencia de los verdugos. Celan rescatará la memoria de los muertos empleando las palabras como armas, consiguiendo así poner en cuestión las raíces culturales del pueblo alemán transformado en asesino. Hace evidente, de este modo, la ferocidad inserta en el corazón de la civilización alemana, cuya redención es –para él– ya históricamente imposible.

En consecuencia es fácil comprender el desacuerdo que se establece entre este autor y Nelly Sachs, escritora judía con la que mantuvo una intensa correspondencia. Forster nos traslada la visión de Bollack, quien analiza esta difícil relación, y concluye que la distancia que separa a ambos escritores tiene que ver con la disímil concepción político-religiosa de su situación. Mientras Sachs consideraba posible la reconciliación y la purificación del idioma alemán –en la línea de otros pensadores como Elie Wiesel o Edmond Jabès– para ella patria espiritual, Celan niega esta posibilidad puesto que esta lengua, que nunca llegó a sentir como propia, no dejará jamás de expresar a los verdugos. Esta oposición de posturas, que enfrenta también visiones religiosas dispares, dificultará el encuentro entre ambos y harán que caminen por senderos divergentes.

De la misma manera, en el capítulo siguiente “Gershom Scholem y la profanación de la lengua” también se hará hincapié en las discordancias entre Rosenzweig, guardián de la lucha por el renacer judío en Alemania y crítico con la derivación política del sionismo, y Scholem, defensor desde su juventud –desde un punto de vista espiritual y ético más que político– de una concepción culturalista del sionismo. Scholem le dedicaría a Rosenzweig un ensayo, que no vería la luz en vida del primero, en el que expresaba su preocupación por el alejamiento de la lengua hebrea de los ámbitos sagrados y su aproximación hacia los profanos. Consideraba que este deslizarse del lenguaje hacia lo utilitario, lo privaría de sus elementos sagrados y simbólicos, y desterraría de él las huellas del origen, arrastrando, de esta manera, tras de sí, los restos de la concepción divina de la existencia. Scholem y Benjamin compartían, en esta dirección, la misma concepción de la historia, “concebida no en términos de progreso lineal sino como un ámbito atravesado por la tensión entre lo causal y lo extraordinario” (pág. 125) y, por ello, en este ensayo, Scholem expresa su pesimismo por la degradación del sionismo y por la evolución de una sociedad, inserta catastróficamente en la modernidad, que en proceso ascendente de secularización iba despojándose de sus tradiciones. El texto constituye, de este modo, un cierto acercamiento tardío entre posturas, al mostrar la desilusión por un sionismo que ha apostado por la vertiente política frente a la mesiánica y que pone la lengua al servicio de los aspectos más secularmente pragmáticos.

Situados ya en la recta final de la obra, el penúltimo capítulo, “Lecturas de Adorno: elogio del anacronismo”, resalta la novedad de un escritor, Adorno, que se resiste a ser clasificado por haber apostado por la marginalidad y el rechazo de los discursos

eficazmente dominantes. Autor este, por tanto, incómodo para el saber universitario que, a entender de Ricardo Forster, “siempre está necesitando de fórmulas *ad hoc* que guarden la garantía de un recorrido sin extravíos” (pág. 137). Adorno niega así un planteamiento intelectual que sólo atiende a lo que está por venir, olvidándose de toda la tradición que le ha precedido y que ha constituido y determinado el pensar actual. Su capacidad dialógica, por el contrario, permitió a este filósofo asimilar, en su obra, pensamientos ideológicamente heterogéneos (Spengler y Marx, Nietzsche y Hegel, Kant y Sade...) y avisar sobre la necesidad de un pensamiento ilustrado que reflexionara sobre su “momento regresivo”, ante la autodestrucción en la que estaba incurriendo. Como afirma el autor, Adorno representa, igualmente, el anacronismo de conjugar la defensa del pensamiento crítico en una época de sometimiento intelectual y de barbarie.

Por último, en “Entre la ruina y la espera: viaje al mundo de las almas”, título del ensayo que cierra el libro, Forster se acercará, desde el miedo del ser humano, a la muerte, presente en nuestro tiempo como nunca debido a su proyección permanente en los medios de comunicación. “Simplemente –afirma el autor– no estamos preparados para morir porque tampoco lo estuvimos y lo estamos para vivir una vida digna de ser vivida” (pág. 151). De esta forma, considera el autor, como ejemplo de la afirmación anterior, que la difusión masiva de la agonía de Juan Pablo II ha supuesto el síntoma de una época en la que el espectáculo del sufrimiento ha sustituido banalmente a la pregunta por su sentido, y aquí creemos pertinente recordar la cita de Jean Baudrillard, en *Contraseñas*, cuando manifiesta que, “está claro que escena y obscena no tienen la misma etimología, pero la aproximación es tentadora”. En los últimos años estamos asistiendo a un desarrollo técnico desmedido que ha generado el malestar en el seno de una cultura que está viendo crecer a su alrededor –entre alharacas consumistas– la ya imparable y globalizada intemperie.

En definitiva, y como afirmábamos al comienzo, es este un libro gratamente recomendable por la magnífica e interesante pluralidad de ideas que se ponen en juego en él. Siempre los encuentros son apetecidos, pues el hombre tiene una necesidad imperiosa de hallar puntos en común con sus semejantes para ser rescatado de la soledad vital en la que vive. Y Forster ha llevado a cabo, en este volumen, una espléndida recreación intelectual de algunos de los mejores encuentros intelectuales entre escritores, reales o posibles, que, en algún caso, ellos mismos no pudieron realizar. Y lo hace

acudiendo al legado que estos dejaron: su propia obra. La palabra escrita es, de este modo, un cordel lanzado hacia el pasado y anudado a la columna resistente del presente, que revela la proximidad natural entre ideas y personas. La lectura de otros es, de esta forma, un modo de luchar contra los distintos rostros de la muerte, como bien proclama Steiner en *Pasión intacta*: “en cada libro hay un apuesta contra el olvido, una postura contra el silencio que sólo puede ganarse cuando el libro vuelve a abrirse”. El resultado es –de esta manera– iluminador, como si el autor hubiera hecho entrechocar dos peñascos entre sí, produciendo, como efecto, un gran fognazo que alumbrara en ambas direcciones. Por ello, el lector en el diálogo verá multiplicada la resonancia de la propia lectura personal. No otra cosa es la labor de un intelectual de excelencia. Y Ricardo Forster, sin duda –y este libro lo atestigua–, lo es.

Asunción Escribano
aescribanohe@upsa.es